



*H. Caballero*

007/002/012(1-7)

ALGUNAS PERSPECTIVAS DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA

Uno de los temas que más se manejan en los últimos años en los medios de comunicación e información, y que incluso llega a extenderse a campos literarios y científicos, es el de la previsión del futuro. La "futurología" como ha dado en llamarse a esta nueva actividad del pensamiento - surge quizá como resultante de la quiebra de aquella fe ilusoria y confiada del siglo XIX en el progreso . El "progresismo" podría ser históricamente el paso utópico a la futurología actual, que se intenta revestir de un aparato científico. Es necesario reconocer sin embargo, que gran parte de los futurologos se mueven sobre bases todavía utópicas, más propias de parcelas de creación como la ciencia-ficción, donde, como ocurre siempre con lo poético, lo previsible se mezcla con el deseo de conformar nuestro porvenir en base a aspiraciones y -- anhelos colectivos.

Con mas modestia en sus alcances la sociología puede iluminar los comportamientos previsible de los grupos humanos, partiendo de supuestos tendenciales comprobables en el momento presente. Esto es en definitiva lo que los estudios de "marketing" hacen continuamente en los campos económicos y comerciales para prever los comportamientos consumistas de los públicos. Condición indispensable para esos pronósticos de comportamiento a corto plazo es la posesión de datos ciertos sobre los deseos y opiniones, actitudes y proyectos de la sociedad.



007/002/012(2-7)

En países donde el ciudadano puede comportarse con sinceridad ante los muestreos y entrevistas, no es difícil contar con una base real de conocimiento; pero en las áreas don de esas circunstancias no se dan, o se dan en menor grado, es siempre un tanto enigmático predecir, incluso a corto plazo, los posibles rumbos de la realidad social. Si venimos a la sociedad española, y a pesar de la mayor agilidad y movilidad de la misma en los últimos años, parece sin embargo problemático establecer diagnósticos precoces ciertos de la posible evolución en los años futuros en condiciones normales, políticas y económicas. Más difícil es la tarea, si esas circunstancias políticas y económicas, se ofrecen en la actualidad como muy inseguras y cambiantes.

El problema económico español no es aislado sino que se inserta en las coordenadas "planetarias" de la coyuntura mundial, donde predominan la inflación, la carestía, la falta de energía, y el desequilibrio en la balanza comercial, de los que - pueden surgir o derivarse el paro, la escasez, las restricciones y las quiebras de los sistemas monetario y comercial, Pero, - mientras los gobiernos europeos y estadounidenses no ocultan a sus países respectivos estos problemas, mentalizando así al ciudadano ante la realidad, en España parece como si existiese miedo a una toma de conciencia global por la sociedad de esos peligros amenazantes.

Nos enfrentamos en estos momentos con problemas muy concretos de falta de liquidez bancaria, restricciones de créditos, elevación de tipos de interés, sobretasas a nuestras exportaciones, quiebras de empresas y crisis de la bolsa. La realidad mundial no ofrece por otra parte soluciones a corto plazo a estos problemas sectoriales, y la recesión parece inevitable. Cuál será



007/002/012 (3-7)

la reacción de la sociedad española? Con qué medios de defensa sociales, cuenta para superar la crisis? Qué se puede hacer para dotar a nuestra sociedad de un espíritu capaz de soportar los acontecimientos venideros? Estas son las preguntas cuya respuesta se intenta facilitar.

El español se ha habituado a los años de abundancia, y la última década ha sido en verdad una época realmente brillante, a pesar de ciertos fallos, de nuestra historia reciente. El "consumismo" como hábito de vida se ha apoderado de la sociedad, que no muestra todavía síntomas de detenerse en esa carrera. El verano ha mostrado los índices más altos de turismo interior y el consumo de gasolina, a pesar de su encarecimiento, ha continuado también en alza. Las recomendaciones de moderación no han sido aceptadas en principio, lo que hará más difícil la "cura de austeridad" que parece avecinarse.

Cuando dicha situación se imponga con medidas restrictivas y coercitivas para enderezar la economía nacional, determinará el sentimiento de ser privados de algo que se ha tenido y ahora se nos quita, y pensamos que se nos debe. En este sentido, y como apunta Feirabend "la previsión de futura frustración puede intensificar el descontento" y ello puede engendrar la violencia como respuesta al desequilibrio entre las expectativas fomentadas, y las verdaderas realidades.

En esos casos, todo el país ha de asumir su realidad y tomar conciencia de la necesidad de un sacrificio colectivo. Pero en todo, ha de ver claro que el coste de ese sacrificio se reparte igualmente a todas las capas sociales. Los problemas económicos requieren soluciones económicas y fiscales; en el caso español los impuestos pueden ser todavía la palanca de una transformación social si priva en ellos el sentido de la justicia y de la repartición equitativa de las cargas. Si en vez de esto.



007/002/012(4-7)

el español observa cómo además de privarsele de muchos objetos de consumo, se encarecen por medio de los impuestos indirectos, la frustración antes apuntada se enriquecerá con un componente de "agravio comparativo".

Este "empobrecimiento" de los horizontes vitales y de los comportamientos, tras una época "alegre y confiada", puede hacerse aún más grave si el fantasma del paro se materializa, incidiendo sobre él además el componente estadístico ya comprobado de la disminución de la emigración laboral. Los grupos sociales pierden su coherencia y su estabilidad, cuando la frustración engendra la agresividad y lo que los psicólogos llaman "la busca del culpable".

La sociedad española podría encontrarse con el factor que Mac Iver ha llamado "precipitante": se trataría de una frustración acumulada que no logra manifestarse en acciones o movimientos de protesta o queja, por miedo a la represión, o por temor al riesgo, o por otras causas, pero que no por eso, deja de trabajar en la disposición dominante en la conciencia de la población, y que en un momento dado pudiera encontrar camino de expresión. Si tal disposición se da, es posible una acción colectiva cuya expectativa inmediata fuera forzar al gobierno a cambiar su política, o aún más allá, la propia conquista del poder.

Todas estas previsiones están lógicamente en relación con el tipo de sociedad ante la que nos encontramos, y que puede ser masa, comunidad o comunión, estando la diferencia en el grado de intensidad con que aparezca o no el sentimiento social del "nosotros", lo que Herbert Mead llama el "yo extendido". En tanto exista participación en ese sentimiento, habrá comunidad ya que la mera yuxtaposición de personas no forma la comunidad, sino la masa.



007/002/012(5-7)

En qué grado existe en nuestra sociedad ese "yo extendido"? Se habla mucho de la madurez de nuestra sociedad ante las agresiones violentas que los últimos meses han presenciado. Pero quizá no exista seguridad acerca de la reacción de la sociedad en presencia de agresiones que afecten a la vida económica y a los planteamientos diarios de cada uno de los miembros de la sociedad. En otros momentos de nuestra historia, un cierto fondo de austeridad o de ascetismo, o quizá de trascendentalismo, han posibilitado la asunción de posturas coherentes y responsables, e incluso heroicas.

Sin embargo en la actualidad las instancias de tipo religioso o espiritual parecen debilitadas ante el avance de la desacralización de la vida; las pautas morales están relajadas ante el hedonismo que preside los hábitos colectivos; y el sentimiento de responsabilidad cívica no parece demasiado desarrolado tras varias décadas de escasa participación política. Sin dejarse llevar por el pesimismo es necesario reconocer que las "reservas" de la sociedad española no son quizá muy fuertes, y que el materialismo de la opulencia ha dejado su huella.

Es posible incluso que se esté confundiendo madurez como falta de respuesta a las agresiones; sensatez por abulia; cordura por apatía. Ante esta falta de un conocimiento en profundidad de las verdaderas actitudes y expectativas de la sociedad española parece urgente un programa de "toma de conciencia" que debe empezar por la diagnosis "real" de la situación social española, mediante encuestas, muestreos y consultas con garantía a la opinión pública. En base a sus resultados cabría arbitrar programas que doten al cuerpo social de unos contenidos de "ilusión compartida" que pueda resistir el impacto de la frustración a que antes se aludía.



007/002/012(6-7)

Medio óptimo para la realización de esta política, son los medios de comunicación, y en especial la radio y la televisión por su mayor audiencia e impacto. Frente a una imagen falsa o deformada, que la publicidad con sus "mundos de ensueño" o los telefilms, con sus "mundos imaginados", ofrecen como alimento diario a masas pasivas e indolentes, es necesario ir lentamente ofreciendo una imagen más real del mundo en que vivimos, que vaya lenta y progresivamente insertando al español en las perspectivas de futuro que le aguardan, hasta prepararle psicológicamente a la aceptación de su "cuota de responsabilidad y de participación" en la etapa de austeridad que nos espera.

Junto a ello, es necesario orientar los hábitos, para ir saliendo de la tendencia al consumo que parece adueñarse de las voluntades, e ir asumiendo la necesidad de otros "valores" culturales no materiales. En definitiva se trata de un "recyclage" de la sociedad española que le lleve a recuperar una posición de más peso que la haga capaz de superar las dificultades sociales, políticas y económicas a que, a corto plazo habrá de enfrentarse, dadas las perspectivas mundiales detectadas por todos los países.

Dado que todo este proceso va de unos presupuestos económicos a la adopción de unas actitudes sociales, y posteriormente a la cristalización en actos colectivos, es decir políticos, es necesario prever claramente que la alternativa de la frustraciones o la depresión o la violencia, cuando no se encauza debidamente. La primera puede amenazar la existencia coherente de un cuerpo social vivo, dinámico y responsable, sumiendo al país en una atonía que precede al colapso. La segunda tiene su proceso, entre cuyas etapas, Davies señala las siguientes:



007/002/012 (7-7)

- a) Que se den frustraciones básicas, aunque sean diferentes en varios sectores de la población.
- b) Que la temática de estas frustraciones trascienda los límites reducidos del interés de cada sector.
- c) Que las autoridades políticas no traten de resolver los problemas reales que se encuentran en la base de tales frustraciones.
- d) Que no aparezcan causas suficientemente manifiestas que justifiquen de algún modo la incapacidad del gobierno para resolver tales problemas.

De esta interrelación de lo económico, lo social y lo político se deriva el planteamiento a corto plazo de una acción eficaz y acorde con la etapa crítica que parece perfilarse, dentro de una panorámica mundial.